

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Afirmación nacional. - Estructura sindical de la economía

Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales. Nada puede hacer un pueblo sin ninguna previa y radical exaltación de sí mismo como excelencia histórica. ¡Que todo español sepa que si una catástrofe geológica destruye la península o un pueblo extranjero nos somete a esclavitud en el mundo, dejan de realizarse valores fundamentales! Más que nunca, la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentimiento nacional y social de nuestro pueblo—pueblo ecuménico, católico—, será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!

No pudieron sospechar los hacedores del Estado liberal-burgués las rutas económicas que iban a sobrevenir en lo futuro. La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques. La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerte. Así, el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las «supremacías morbosas» de toda índole que hoy existen. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí. La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria y en todo momento atendida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción.

R. LEDESMA RAMOS

Febrero 1931

HACIA UNA HISTORIA AUTÉNTICAMENTE "NUESTRA"

YA se ha dicho en otras ocasiones —y lo repetimos ahora, tal es la importancia de la afirmación— que corresponde al Sindicato Español Universitario, una doble misión, marcadamente específica: realizar las funciones características de un Sindicato Profesional y —por encima de todo— llevar a cabo una enérgica y profunda labor Nacional-Sindicalista en el alma de las generaciones universitarias.



Labor que asegurará en un futuro próximo la existencia en España de un espíritu nacional fuerte y unido que sea la mayor garantía del recto proceder de nuestra ruta histórica en el día de mañana.

Y dentro del enorme campo de acción que ofrece a los militantes del S. E. U. esta trascendental y decisiva misión de llevar el aliento y el Estilo de la Falange al terreno científico y cultural, destaca sobremanera por su extraordinaria importancia, esta urgente tarea: revalorizar la Historia de España.

Tenemos la certeza de que nadie podría llamar exagerado a quien afirmase que una gran parte del espíritu decadentista que ha pesado—abrumadoramente hasta la asfixia—sobre las generaciones anteriores a la nuestra, se debe a una errónea manera de hacer y de estudiar la Historia de España.

Una vez pasado el momento culminante de nuestro Imperio, los pueblos aquellos que hubieron de prestar rendida sumisión a la hegemonía de Armas y Letras españolas, emprendieron una potente y artera ofensiva contra nuestro prestigio histórico que, no por ser de «guante blanco» era menos de temer. En la Prensa, en la Cátedra, en la Literatura, se falseó nuestra Historia abiertamente, se mancharon de barro nuestras más preclaras figuras e instituciones. En una palabra, construyeron la obra horrenda de la Leyenda Negra.

Desde entonces, para muchos,—espa-

ñoles también—fué nuestra obra colonizadora en América, obra de crueldad y barbarie inauditas; la labor de los reyes católicos, labor ruinosa para España, nuestro siglo XVI y nuestro Emperador Carlos, una época y un hombre guiados por contradictorios móviles de fanatismo y de rapiña. De esta manera la más burda patraña histórica convirtiéndose en artículo de Fe para tantos hombres...

En verdad, que una de las mayores desgracias que puede afligir a un pueblo es una Leyenda Negra encarnizada sobre su pasado. Pero es mucho más triste, todavía, que este pueblo se la crea.

Y algo de esto ha sucedido precisamente en España. Se nos desgajaron las Repúblicas de Hispano-América, se promovió el frenesí desintegrador de los separatismos. Cundió el desaliento por toda empresa nacional, porque entre nosotros se dió crédito a las imposturas de la Leyenda Negra, que en criminal continuidad de siglos urdió contra nuestra Historia.

Y ahora, que con paso militar, hemos comenzado a recorrer los auténticos caminos de nuestro Destino como Nación urge sobre todo pulverizar de una vez y para siempre este «chantaje» secular de la Leyenda Negra llevando a la Historia aquel «santo apasionamiento para las cosas de España» que nos enseñó José Antonio.

Es necesario estimular por medios diversos y eficaces—seminarios de estudio, becas, concursos, etc.—la investigación histórica para arrancar de la oscuridad del olvido a tantas figuras e instituciones nacionales cuyo conocimiento, llevándonos a la comprensión del verdadero «estilo» español ha de proporcionar a nuestro patriotismo una sólida y efectiva base intelectual y científica.

Así, bajo el signo imperial de su cisne ajedrazado, el Sindicato Español Universitario alza bandera de combate contra la nefasta Leyenda Negra. Por España y por la intangible verdad de la Historia.

CANTAMOS PARA QUE SE CONOZCA ESPAÑA

¡España es muy rica en canciones porque lo es en espíritu y amor!

En el festival que la Sección Coral del Frente de Juventudes celebró el pasado domingo, del cual se dá la oportuna reseña en este número; la camarada Coral Montagud, Regidora de la Sección Femenina de dicha Organización, leyó unas cuartillas haciendo la presentación del coro que actuaba. Debido al enorme interés que tiene este texto de la camarada Coral, lo vamos a transcribir íntegro. Dice así:

No nos presentamos aquí con la pretensión de ser unos excelentes cantantes ni para que la crítica nos juzgue desde un punto de vista de concertistas de salón, ni mucho menos; pero tampoco de niños que juegan.

Cantamos para que se conozca a España. Las mismas canciones de ahora las repetiremos paseando por la calle; en una excursión, mientras trabajemos en casa. Ustedes, también las repetirán, quizá sin darse cuenta, alguna vez. Y eso es lo que queremos: que un catalán, en un momento de alegría, en un brote inesperado de buen humor o de sentimentalismo, sepa cantar una jota, aragonesa, valenciana. ¡De donde sea! o un alalá gallego, o... cualquiera de las múltiples y bellas canciones de que España es cuna.

Creo, desde luego, que desde hace un año en que dimos el primer concierto, hemos progresado algo. Cuanto menos nos atrevemos con canciones de dos, tres y hasta más voces. Ustedes juzgarán. Ahora llamaremos a nosotros a la Fantasía, y, ayudados por ella, vamos a realizar un corto viaje por algunas regiones españolas. Oiremos canciones muy infantiles. Y es natural España canta por boca de sus niños, en plazas llenas de sol adornadas con una sencilla fuente de piedra en el centro. Vamos a Castilla, la serena y austera señora feudal. Canta fuerte y alegre su grandeza, su cielo azul y tibio. Son las canciones reflejo de sus trigales, decires de sus mozos, y alegría de sus mujeres, una alegría no exenta de me-

lancolía en añoranza de los que se fueron, en todos los tiempos, buscando mayor grandeza para la Patria. Pasaremos por Asturias: torreón de roca, frente al mar y que vive de la montaña. Como Santander. Son dos hermanas gemelas. Lo veréis en las canciones. Si bien, Santander, lejos de la oscuridad de las minas, no necesita rondas y más rondas para alegrarse. Mira sus playas y sonríe. Su sonrisa se pierde por el Cantábrico, hacia el Atlántico... por las nubes ¡Mucho más allá! Vamos ahora para Aragón. Siempre tienen ganas de bailar en esta región. Las jotas brotan, de las bocas amplias y rojas, como las piedras en las regiones esteparias. Es que no hay agua y no puede brotar nada más ¡hasta la cara hay que lavarla con vino! Quizás por eso tienen esos bríos para las danzas y ese jaleo para el canto. Y es que oyendo una jota, bailan los ojos, y el cuerpo y creo yo que hasta el alma. El ritmo nos lleva. Y es tan fuerte, que nos transporta a través de otras regiones, hacia el eco húmedo, mimoso y lejano de Galicia, la bella, Sólo un suspiro de sus muchas canciones de nosotros oírán. Pero evocando a Galicia procuraremos poner toda el alma en esa canción. Luego, por el aire, sin oír nada, llegaremos a Cataluña. Nos recibirá saltando al compás de una sardana un alegre jilguero, una cardina, cadenera, como decís aquí, y nuestros pies que saben bien el punto y contrapunto saltarán al mismo compás. — También hay penas. Esa pena, coreada, de la pastora del Pirineo, que por falta de amiguitas cuenta sus dolores al ruiseñor. Pero no durará mucho que:

«cantant les penes fugen del qui les té...»

Y, por hoy, nos quedamos aquí. Si les gusta el viaje, haremos muchos otros; por Andalucía, Levante, Mallorca...

¡España es muy rica en canciones porque lo es en espíritu y amor!!

CORAL MONTAGUD

BUFFALO BILL Y LA POESIA

HEMOS visto, durante mucho tiempo, dar al episodio triste y acongejador del héroe derrotado y macilento los primeros puestos de la poesía. El romántico se complació en jugar con las luces tenebrosas de las torturas más difícilmente rebuscadas, con los personajes torvos que asomaban, en «El vértigo», de Núñez de Arco, su violencia inhumana. Los episodios observadoramente tristes, irremediables, acaparaban la atención de los poetas: aún recordamos a Rolla, el personaje de Musset; con demasiado terror y envuelto en tantas maldades, para que no podamos por menos de angustiarnos un poco en su recuerdo. Y las generaciones pasadas pueden muy bien justificar su psicología alegando que tales lecturas fueron, desde su infancia, un paisaje aterrador desenvuelto en su torno.

Nosotros — lo recordamos con fruición — leímos casi exclusivamente, en los años de menor adolescencia, las brillantes aventuras de Buffalo Bill. Un sedimento de impulso vital, que luego Bergoson nos descubrió por un camino excesivamente lógico y serio para que pudiéramos hacerle caso, nos empapó en su tráfago de persecuciones por el desierto, en el que los pieles rojas tendían al valiente coronel todo género de emboscadas astutísimas, mientras los villanos, viejos y repulsivos, hacían el juego al taimado jefe de la tribu comanche.

Nosotros aprendimos allí, galopando junto al héroe enfebrecido y aventurero, a comprender que el triunfo es la solución natural de las empresas ardientemente sentidas. Y el optimismo que nace de saber que el héroe — el bueno — siempre ha de conseguir su propósito, nos ha hecho llegar a la conclusión de que el mundo es fácil y está edificado sobre una formidable y perfecta columnata de ale-

gría y de justicia. A Buffalo Bill — tenemos que confesarlo — le debemos una inmensa parte de nuestra formación espiritual. Toda una generación bebió en la pura y alegre fuente de su heroísmo hipertrofiado: cuando llegó la ocasión, estas gentes, enfrentadas con la situación difícil, supieron salir a ocasión, estas gentes, enfrentadas con la situación difícil, supieron salir airoso sin perder por un momento el optimismo alentador.

Y del mismo modo que cuando se rebuscan las fuentes de un escritor decadente se pone atención en sus antecesores de insuficiencia vital, por ésta misma razón vemos nosotros la figura de Buffalo Bill tan compenetrada con la poesía de nuestra hora que no vacilamos en darle categoría y prestancia de inspirador de nuestra técnica espiritual.

A Buffalo Bill, siempre dispuesto a afrontar el peligro, la aventura y la sonrisa de las heroínas rubias, le debemos demasiadas cosas para pecar de desagradecidos no elevándole a la categoría que le corresponde. De su figura y de su mito nacieron las películas de vaqueros y los paisajes cinematográficos en los que los árboles y las praderas tienen lugar de protagonistas. Nuestra poesía busca en la égloga un poco modernizada su postura auténticamente sincera; un aliento formidable de gallardía y audacia esmalta las estrofas de nuestra generación.

Honor al héroe de nuestra infancia, que nos hizo olvidar la languidez y el pesimismo de los románticos. El recuerdo de Buffalo Bill, encanecido y polvoriento, tostado por el sol definitivo de la gloria, señalará en nuestro espíritu la más cierta orientación poética: el optimismo frente a la vida.

DIEGO NAVARRO